

CAPÍTULO VIII

LUTERO EN WITEMBERG

No puede comprenderse bien la vida de Lutero, sin explicar el carácter del elector Federico de Sajonia, que lo tomara y lo tuviera bajo su protección y amparo. Este soberano era como Augusto, como Leon X, como mas tarde Luis XIV, amigo de las artes y de las ciencias. Y no se contentaba amándolas con entusiasmo; las profesaba con verdadera competencia. Era un músico expertísimo en tañer varios instrumentos; y un humanista consumado en escribir el griego y el latin. Necesítase subir á los tiempos de Alonso X de Castilla para encontrar monarca tan sabio como el elector Federico de Sajonia. En muestra de su sabiduría fundó la Universidad de Witemberg; y en prueba del acierto en sus elecciones literarias y científicas, hizo alma de esta Universidad al doctor Staupitz, amigo íntimo de Lutero y admirador exaltado de su portentosa elocuencia.

Una vez fundada la Universidad, escogió Federico los profesores á instigacion de Staupitz; y diciendo que los escogió á instigacion de Staupitz, decimos implícitamente que escogió á Lutero. Mas no interesa tanto el fraile bajo su aspecto de catedrático de la Universidad como bajo su aspecto de predicador en la Iglesia. Es curioso, curiosísimo el desarrollo de la idea luterana en la mente vastísima del hombre que la concibió, la explicó, y la puso, sin quererlo y sin pensarlo, su propio apellido. Confuso volvía de Roma, sumido en profundas meditaciones, amaestrado en grandes enseñanzas; pero, á pesar de los sentimientos y de las ideas que le embargaban, fiel todavía, y

con absoluta fidelidad, á la doctrina católica. Para comentarla, para extenderla, ya devoraba la Biblia, ya sostenía como una especie de coloquio perpetuo con San Agustín en las páginas de sus libros, ya hojeaba los autores herejes desde los sajones hasta los eslavos, ya recurría con ahinco á los célebres maestros de la universidad de París, ya se extasiaba en la lectura de los místicos; y con todos estos raudales de ciencia aumentaba su propio renombre y vertía nueva luz sobre los comentarios antiguos de las Santas Escrituras. Naturalmente, saber tan vasto y palabra tan original tenían que lucir en el púlpito católico y que llamar la atención de las gentes piadosas. Lutero se penetraba con tal penetración de la humildad cristiana, que no comprendía su propio mérito y las aptitudes capitales de su inmortal ingenio. Y así no se creía, ni siquiera se imaginaba orador. Pero los discursos pronunciados en la cátedra profana debían llevarle á la cátedra sagrada. El municipio de Witemberg le nombró predicador de su Iglesia municipal. Lutero recibió la noticia de tal distinción y de tal honra con sacudimientos epilépticos cual si recibiera el latigazo de una centella. Su resistencia tuvo toda la firmeza de su temperamento. Negábase al púlpito con negativa insuperable. El mismo que lo llevó á la Universidad, lo llevó á la Iglesia; y á su tierno y amante corazón se dirigía para pedirle que apartara de sus labios aquel amargo cáliz y de su existencia aquella pavorosa responsabilidad. Staupitz, conociendo las aptitudes de orador que guardaba Lutero, y cómo la humildad ocultaba tenazmente á sus ojos el propio mérito, le impuso con la imposición del mandato el austero deber de predicar y de iniciar así su apostolado en la Iglesia. Observó Lutero que moriría indudablemente al peso de aquella obligación, y le respondió su protector que nada tan bello para los hombres de su ministerio como el morir por la palabra de Dios. Hacía mal, pensaba mal Lutero, desconfiando de sus fuerzas. Sentía la idea con profundidad; y quien siente la idea con profundidad, la dice con presteza. Fácil en recibir las grandes impresiones, era fácil en expresarlas también. Su educación, como versado en las letras, daba indudablemente á su palabra un bello aspecto literario. Pensaba lo que sentía; y sentía lo que pensaba. Esta mezcla de afectos y de ideas dábale aquella celeridad de palabra, aquella hermosura de contrastes, aquel vuelo de la emoción al pensamiento y del pensamiento á la emoción, aquellos

arrebatos de entusiasmo mezclados con la vigorosa ilación de silogismos que constituye á los grandes oradores del mundo, y que hace su cerebro el faro luminoso capaz de esclarecer el río de las edades y su lengua la campana de rebato capaz de despertar el estallido de las revoluciones.

Encontrábase á la sazón el púlpito en triste decaimiento. Argumentadores, y argumentadores sutiles tenía, mas que maestros de la palabra. Los unos se dejaban llevar de las degeneraciones tomistas y decían una triste serie de silogismos vacíos; los otros se dejaban llevar de la imitación á lo antiguo y decían otra serie de párrafos sonoros y huecos; ninguno estudiaba las Santas Escrituras ni decía las ideas cristianas con la pura sencillez evangélica. Citas sobre citas, argucias sobre argucias, amplificaciones rotundas, distingos escolásticos, sutilezas impropias de la magnitud del asunto y de la sublimidad del ministerio; tales eran á la sazón los rasgos capitalísimos de la elocuencia cristiana. Lutero tenía dos virtudes originales, íntimas, exclusivamente suyas: la virtud de que, para el fondo de sus discursos, bebía los raudales de sus inspiraciones allá en las fuentes del Evangelio y de la Biblia; y la virtud de que, para la forma, no obedecía, no, á ningún modelo, y se dejaba llevar de la voz interior mas segura y mas clara, de la voz interior de sus propias vocaciones, ejerciendo, según debe toda personalidad individual é independiente, sin artificios retóricos, sin reglas tiránicas, sin modelos convencionales, toda la virtud creadora de sus propias é íntimas aptitudes. La presencia, sin ser majestuosa, era en algún modo atractiva; los ojos, sin parecer profundos, se iluminaban fácilmente al centelleo de las grandes emociones: un tanto craso el rostro, pronunciada la nariz, gruesos los labios, caída la segunda barba, voluminoso y como de buey el cuello, grandes las orejas, compensábanse todas las imperfecciones, que pudieran resultar de este conjunto, con las armoniosas líneas de su cráneo esférico y con el espacio de su frente elevada y con el arrobamiento de su mirar místico, que transfigurándolo y enaltecándolo, hacían de su cabeza como una cima de elevación vertiginosa, la cual reverberaba toda la luz del espíritu. Y á esto unía rapidez en el concepto, facilidad en la expresión, riqueza de fórmulas, claro-oscuro de contrastes, salidas originales, gesto imperioso á veces y á veces humilde según lo demandaba el curso de la palabra, estilo propio y propio pensamiento.

Influan por entonces, y con soberano influjo, en la mente de Lutero algunos grandes pensadores cristianos, sobre todo aquellos que mas conexiones tenian en la inteligencia con su mente y mas conexiones tenian en la voluntad con su temperamento. El primero, el mas creido y mas consultado, el que aparece como su gran maestro, era indudablemente San Pablo. Un misterioso y secreto aviso, de esos que suelen á todas horas oirse en las vidas destinadas á sostener grandes batallas y en las conciencias destinadas á proferir reveladores oráculos, un secreto aviso le decia que iba, como Pablo, á cambiar la religion farisaica de lo pasado por la nueva religion de lo porvenir; que iba como Pablo á escuchar una voz sobrenatural en los caminos de la vida, donde á cada paso le surge al hombre, como al apóstol, su Damasco; que iba, como Pablo, el cual contendiera tanto con San Pedro, á contender con los sucesores de San Pedro; que iba, como Pablo, á dejarse de todo, á desceñirse de todo, á abandonarlo todo, y á confiar su propia salvacion y la salvacion del género humano á la persona y á los méritos de Cristo. Otro de los pensadores mas aceptos á Lutero y mas idóneo para moverle y cautivarle, indudablemente era San Agustin, tambien converso, tambien enérgico, tambien batallador, tambien destinado á darle como San Pablo una de las ideas mas fundamentales y mas nuevas de su meditada doctrina. San Agustin representaba en la primera parte de su vida sensual, sofística, maniquea, el pecado de Adan; y en la segunda parte de su vida, dogmática, creyente, ortodoxa, la redencion de Cristo. Por consecuencia San Agustin era otro de los genios que creía Lutero semejantes á su genio. Y la idea de la gracia y la idea de la predestinacion y la idea de lo que en lenguaje luterano se llamaba por una incomprendible antinomia el siervo-arbitrio, ideas eran todas ellas bebidas en los manantiales del credo verdaderamente antiguo. Otro de los hombres, que mas le encantaban y que mas le movian, era indudablemente el predicador aleman llamado Tauler, muerto, despues de una vida gloriosa, en la segunda mitad del siglo décimocuarto. Si San Pablo dió á Lutero la fe absoluta en los méritos de Cristo; si San Agustin dió á Lutero la idea exagerada de la gracia; Tauler dió á Lutero la idea mística. El gran predicador de la Edad media se abandonaba él mismo, y movia elocuentemente todos los ánimos á abandonarse por completo á la persona divina de Jesucristo.

Imitarle en su vida, seguirle en sus pasos, ayudarle á la obra redentora del Calvario, equivalia ciertamente á glorificar á Dios mismo en persona. Aquel grande genio aleman era, sobre todo, un genio panteista. Dios lo absorbía y lo compenetraba como el agua del mar absorbe y compenetra á la esponja. La divinidad para él estaba en todas las criaturas; y la diferencia de unas á otras consiste en el grado y en la medida en que cada cual siente esa divinidad. La piedra dura, el árbol que solo sabe crecer, no conocen, no entienden que llevan á Dios en su seno. Si la raíz perdida en las profundas oscuridades del campo lo supiera como lo sabe el ángel que entona los divinos loores en las cimas del cielo, seria tan feliz como ese mismo ángel. Y Dios, sin embargo, está tan cerca del reptil que se arrastra por el suelo como de la idea que recorre lo infinito; tan cerca del Verbo y de los arquetipos del Verbo, hipóstasis de su esencia, como de las humildes y misérrimas criaturas que confinan con los límites últimos de la nada; pues no tendria cosa alguna el Universo, si todo en el Universo no fuera sobrenatural y divino.

Al estudio de estos autores unia entonces el estudio en literatura de varios poetas latinos y el estudio en ciencia de varios tratados aristotélicos. Servíanle aquellos, cuyo fondo aborrecia, para castigar el estilo; y servíanle estos, bien ajenos por cierto á sus creencias y al conjunto de sus ideas, para ejercitar el pensamiento. Aristóteles, oráculo del escolasticismo, repugnaba, en este tiempo de sumision y de fe, al ánimo esencialmente innovador de Martin Lutero. Créale dado á la ciencia del hombre y menospreciador de la ciencia de Dios. La moral aristotélica pugnaba con su moral severa, y aparecia al concepto del monje como una especie de refinado epicureismo. Presentia ya en los comienzos de su carrera y en los albores de su predicacion la guerra mortal que estaba llamado á sostener con el oráculo de la ciencia católica y con el verdadero ángel de la teología en los siglos medios, con el Aristóteles ampliado por Santo Tomás. La lectura casi exclusiva del teólogo reformador consistia en la Biblia y en el Evangelio. Estos libros representaban ya en el sistema, que iba esbozando dentro de su conciencia, poco apegada á las tradiciones eclesiásticas, todo el saber teológico, porque contenian toda la revelacion divina. Poco industriado por aquel tiempo en el griego y en el hebreo, leia y releia en este período de sus mocedades la